




esperaban ver un Diocleciano ó Nerón, por lo de sacudir el polvo, y vino á ser un sacristán que azotaba los retablos; y se había ya con esto puesto en salvo; sino que dijo un ministro que se bebía el aceite de las lámparas y echaba la culpa á una lechuza, por lo cual habían muerto sin ella; que pellizcaba de los ornamentos para vestirse; que heredaba en vida las vinajeras, y que tomaba alcorzas á los oficios. No sé qué descargo se dió, que le enseñaron el camino de la mano izquierda. Dando lugar unas damas alcorzadas que comenzaron á hacer melindres de las malas figuras de los verdugos, dijo un procurador á Vesta que habían sido devotas de su nombre aquéllas, que las amparase. Y replicó un ministro que también fueron enemigas de su castidad.

«Sí, por cierto,» dijo una que había sido adúltera; y el demonio la acusó que había tenido un marido en ocho cuerpos; que se había casado de por junta



en uno para mil. Condenóse esta sola,
y iba diciendo:

«¡Ojalá supiera que me había de condenar, que no hubiera cansádome en hacer buenas obras!»

En esto que era todo acabado, quedaron descubiertos Judas, Mahoma y Martín Lutero; y preguntando un ministro cuál de los tres era Judas, Lutero y Mahoma dijeron cada uno que él; y corrióse Judas tanto, que dijo en altas voces:

«Señor, yo soy Judas, y bien conocéis vos que soy mucho mejor que éstos, porque si os vendí remedié al mundo, y éstos, vendiéndose á sí y á vos, lo han destruído todo.

Fueron mandados quitar delante; y un abogado que tenía la copia, halló que faltaban por juzgar los malos alguaciles y corchetes. Llamáronlos, y fué de ver que asomaron al puesto muy tristes, y dijeron: «Aquí lo damos por condenado: no es menester nada.»